

Francisco Piria y el amor esquivo

Francisco Piria (1847-1933), empresario uruguayo, llegó a amasar una de las más grandes fortunas del país, impulsó el crecimiento de la ciudad de Montevideo y aldeaños a través de sus famosos remates de terrenos, fundó el balneario Piriápolis y construyó el Argentino Hotel, entre otros emprendimientos. Se casó sucesivamente con la criolla Magdalena Rodine Crossa (1866) y con la yugoslava María Emilia Franz (1902). Su último amor fue la enigmática Carmen Ruiz, a la que reconoció como hija natural e incluyó entre sus herederos por testamento cerrado.

Cuando Piriápolis era Piria

Mi familia tuvo casa en Las Flores durante tres generaciones; una casa baja y larga, de techo de paja, con una estufa de cantos rodados construida a cuchara y balde por mi abuela poeta, y un espacioso altillo en el que se podían acomodar ocho personas. Situada a pocos metros del mar, supo ser cenáculo de pintores y escritores, de músicos y de críticos literarios durante más de veinte años, y se perdió irremediamente cuando los últimos coletazos de la dictadura militar del 73 arrasaron con el hogar, los bienes y hasta los afectos. Durante mucho tiempo fui una asidua visitante de Piriápolis y allí me tocó cursar un año entero de liceo cuando los sucesos familiares obligaron a mi madre a trasladarse, con sus cuatro hijos a cuestas, de Minas a la casa veraniega, que se rebeló de entrada contra semejante pretensión y quiso demostrarnos que allí no íbamos a soportar

un solo invierno. Pero lo soportamos, y mientras el tejado de quincho se pudría, y el agua caía a baldes sobre el sillón del living, el baño se inundaba y los bichos de humedad hacían campamento en las esquinas de los dormitorios, nosotros nos enfermábamos y mi madre sola —más sola que dios durante el primer día de la creación—, procuraba hacer frente a todo, yo me consolaba con mis huidas al mar y a los cerros de Piriápolis, por aquello de que la naturaleza es sabia y siempre logra domar las angustias del alma; el balneario de los cerros se escondía de mí durante el estrépito del verano, pero lo vine a descubrir en otoño y terminé por reconciliarme con él durante aquellos días invernales en que el viento doblaba las palmeras y las olas caían sobre la avenida y hacían temblar las piedras de la rambla.

El día que Bonavita se fue con Pancho hacia el fuego comenzó a desandarse esta historia. Terminó de regresar a su región primera cuando los tres fantasmas, el de Magdalena, el de María Emilia y el de Carmen se aposentaron sobre lo que quedó, o sea sobre las ruinas de una abundancia más propia de Aladino que de un simple mortal. Allí están todavía para que las convoque el que pueda. La primera no deja de asombrarse, la segunda lanza miradas cargadas de ironía, la tercera se encoge de hombros y sigue sacando cuentas. La vida y la muerte son así, y por eso antes de que Piria inventara Piriápolis no había nada, o mejor dicho había lo que algún día volverá por sus fueros, poderoso y cíclico; el mar, el viento, la piedra, el alud de la arena. Piria se hizo famoso gracias a su balneario. Todo el mundo lo relaciona con los cerros, el mar y aquel primer hotel de baños, digno de una novela ambientada en la

Belle Époque. ¿Y sin embargo qué se sabe de él? ¿Cuál es su magnetismo, qué convoca su nombre en la gente? En el fondo se trata de un hombre enmascarado por debajo del hombre que alguna vez respiró y acometió la vida como si después de él no hubiera nada. Claro que para hacerlo necesitó de una soberbia dosis de osadía y de cierto cinismo que le permitió llevar a cabo su conquista del mundo. Ahora volvería a necesitarlo, si se levantara de la tumba, para hacer frente a los misterios más o menos fraudulentos y a las oscuras referencias mágicas de que ha sido rodeada su creación. El Piriápolis místico, los sucesos sobrenaturales y los cocidos alquimistas (uno se lo imagina frente a calderos desbordantes de humo verde, convirtiendo la paja en oro y provocando rayos y centellas en el cielo) podrán resultar muy atractivos, pero echan siete paletadas de tierra sobre el Piria auténtico, el que se rebuscó la vida como un perro callejero en sus primeros tiempos, mientras observaba el mundo y sacaba sus cuentas. Siendo apenas un adolescente, iba y venía por el puerto y la Ciudad Vieja, detenía su mirada durante largas horas en el atuendo y en la actitud de los ricos, en sus relojes de oro —uno en especial, un único reloj colgando sobre la tarde, sobre la noche, sobre la mañana, para indicarle la premura del tiempo— y en sus zapatos de charol con polainas, y se preguntaba qué camino seguir para llegar a ser como ellos, y calculaba cuáles tendrían que ser sus ganancias mínimas anuales si quería que la vida le alcanzara para cumplir con su designio. Su mente de trece o de catorce años (nadie lo diría contemplando su cara de niño bonito) trabajaba a un ritmo de máquina de vapor; una biela que subía y bajaba

por su sangre. Yo creo que desde muy temprano se trazó el rumbo completo de sus futuros negocios y cada paso dado, por humilde que fuera, era un escalón trabajado en la piedra, como el de sus famosas montañas italianas. Así, después de abandonar las changas se puso a pregonar su mercancía en el Mercado Viejo hasta quedarse ronco, mientras aquel reloj de oro seguía relumbrando por sobre su cabeza; más adelante, cuando juntó unos pesos, fue y compró leguas de tierra llena de matorrales, por la que nadie daría un cobre, según le aseguraron algunos entendidos con sonrisa piadosa. Pero la dividió en terrenos y después los remató a plazos, sin acogotar a nadie, aguardando por sus clientes como el zorro en la entrada de la cueva. Y los clientes eran el obrero de manos cuadradas, el ama de casa con su chal de flecos y su única enagua recién almidonada y los niños, de mejillas rojas y rebozo de lana. Todos ellos, en traje de domingo, asaltaban los remates de Piria para comer, reír a carcajadas, quedar colorados de carne y de vino y, en algún momento, cuando el aire sacudiera en ellos el embrutecimiento del letargo, fijar sus ojos en el rematador y empezar a escucharlo. Entonces comenzaban a quedar fatalmente atrapados por la esperanza que el hombre les ponía en las narices. Así, año tras año, Piria remató alegremente cuanto suelo de la nueva ciudad y de sus alrededores se le puso a tiro, y la biela de su sangre le seguía dictando la estrategia; así que echó mano de todas las habilidades y argucias imaginables¹

¹ Señala J. Oddone que los principales compradores eran los inmigrantes llegados a causa del «*latifundio, la miseria y el bandidaje*» pero también encandilados por las historias y leyendas que corrían acerca de las riquezas del nuevo mundo.

para atraer a América a sus futuros compradores. Para tentarlos mejor levantó plazas y escuelas en esos barrios nuevos, les puso el busto de Garibaldi –al fin de cuentas eran casi todos italianos– y se peleó con el Estado para demandarle nuevas líneas de ferrocarriles y tranvías, para lo cual primero puso a la gente y después se rasgó las vestiduras. Si se mira en perspectiva la telaraña de una vida, sus zonas escondidas, esas que solo van revelándose con el correr de las décadas e incluso de las centurias, se puede llegar a ver un trazo, las huellas de un dibujo que llevaba de las changas del puerto al Argentino Hotel. No tengo dudas de que soñó durante más de veinte años con su negocio sideral, el de la explotación de granito en Piriápolis, que estaba como quien dice a la vista, que se asomaba sobre la pelambre del cerro y parecía desplomarse sobre aquel mar inmóvil; y cuando llegó a la bahía en 1890, bajo agua y en viaje de diligencia tirada por caballos, la biela de su sangre golpeaba con más furia que nunca, porque de un solo golpe de vista supo que aquel granito no era más que el comienzo. Ya había viajado a Europa por entonces, ya había conquistado largamente el oro ansiado, el de monedas con efigies de reyes y revolucionarios, el de joyas y vasos y arreos de carruajes, y por supuesto el de relojes con esfera de nácar y con tapas labradas, y sin embargo todavía le faltaba subir unos peldaños de su montaña mágica. Por eso, además del granito, concibió tierras de labor, viñedos, olivares, y sobre todo aquello colocó mentalmente un gran balneario, puesto frente a las olas como una diosa desnuda. Para lograrlo –ya sabía que costaría una fortuna casi inconcebible–, arremetió más que nunca

con la extracción de la piedra: implementó el tren de trocha angosta que la llevaría al puerto, y se midió una y otra vez con la naturaleza para reconstruir ese mismo puerto, faltándole solo escarbar la tierra con sus propias manos para cumplir la idea mesiánica que llevaba entre ceja y ceja. Que en muchos sentidos fue un empresario despiadado, no hay quien lo dude; que jamás hizo caridad, tampoco; que hoy por hoy es fervorosamente odiado por biólogos y por ecologistas, debido a que se comió medio cerro en su negocio de extracción de granito y con su famoso puerto le quitó a la bahía su flujo natural de arena; que protagonizó hacia el final de sus días un escándalo de ribetes novelescos al incluir a Carmen Ruiz entre sus herederos, reconociéndola para colmo como su hija natural... en fin, todo eso ha de resultar verdadero. Pero algo habrá dejado en el imaginario popular, como para que reiteradamente se vuelva con curiosidad y con expectación a su figura. Hay señales de Piria por todo el orbe conocido, es decir por los lugares más impensados de Montevideo, de Maldonado, del Río de la Plata y de la propia costa mediterránea en donde transcurrió buena parte de su infancia. Lo primero que uno asocia con el personaje es el propio Piriápolis, cuyo nombre suena al más radical egocentrismo; lo segundo es el Argentino Hotel, que se levanta majestuoso, lleno de aires neoclásicos y de promesas de placer a pocos metros de la arena, a despecho del tiempo, del avance del mar y de sus implacables erosiones subterráneas. Lo tercero es la legión de leyendas, creencias, rituales y francos disparates nacidos al compás de la imagen y la obra de Piria, y alentados por una cohorte de entusiastas seguidores; lo cuarto

es todo aquello que para el ciudadano común y corriente encarna el símbolo de la voluntad, del éxito, de los billetes y de la locura por amasar una fortuna sin límites, esa ansia, ese aleteo que se agita por lo menos una vez en la vida en ciertos corazones. Balneario, hoteles y palacios, remates por acá y por allá, barrios y más barrios nacidos al golpe del martillo, farándula de pesos, de bonos, de libras esterlinas de oro bueno, de ese que se muerde para ver si es verdadero. Piria fue, más que un empresario, un artista del dinero; le dio encanto y euforia, lo dotó de color y de gracia, lo emparentó con las estatuas, los pórticos de mármol, los herrajes de estilo, los sueños de grandeza. Sabía cómo hacerlo brotar de la nada, lo olfateaba a leguas de distancia, deshacía con su varita mágica los enredos, obstáculos y abismos que se interponen entre el dinero y los simples mortales, y allí donde la mayor parte de la humanidad se detiene, él seguía avanzando, no precisamente con sonrisas ni con gestos amables, sino con la ferocidad de un pequeño león y con el rechinar de dientes de una mula. Qué se va a hacer, el hombre era la imagen misma de la determinación. Chiquito, de cabeza redonda, de ojillos penetrantes como los de un gato montés, a todo anteponía su objetivo. Habrá sido la herencia de los jesuitas, que se encargaron de su educación allá en Italia (dicen que de los jesuitas sale gente así, futuros millonarios y revolucionarios, profetas y generales, papas, científicos y locos). Su vida entera, sin embargo, ya desde sus orígenes montevideanos, sigue rodeada de oscuridades que él mismo se complació en multiplicar, quién sabe por qué motivo, acaso para rodearse de una aureola enigmática que,

sumada al asombro, la admiración y la envidia de sus contemporáneos, lo convertía en un dios de la especulación y la abundancia.

Doce tacitas de Bavaria para un saqueo interminable

Lo que es la vida. Muchos uruguayos recién se empezaron a preguntar por un hombre llamado Piria cuando la dictadura de 1973 fijó su atención en el Argentino Hotel y perpetró una buena parte del saqueo que ya se había hecho costumbre. El hotel venía derrapando en una lenta pero segura debacle desde la muerte de su fundador. Los administradores municipales y estatales (en ese orden) que se hicieron cargo de su gestión hasta los años de 1970, no se preocupaban ni poco ni mucho por su imagen y cuidado; lo convirtieron en una mezcla de pensión, posada y conventillo. Era común entregar «primus» a los huéspedes para que pudieran cocinar en los cuartos. Como en una película de terror, se llegó alguna vez al extremo de que la gente picara cebolla sobre los tocadores de cedro e hiciera guisos y milanesas en el baño; años después hubo que sacar con espátula la capa negra de grasa prendida en los azulejos y restaurar cada mueble en sus menores detalles. Pero otras cosas jamás pudieron repararse. El equipamiento, la vajilla, la cristalería y hasta la ropa blanca del Argentino Hotel había sido pensada, como en los cuentos infantiles, para que durara por lo menos cien años. Pero ya se había abierto una brecha sutil por la que drenaban los tesoros. Los cubiertos de plata inglesa eran sacados durante la no-

che, en tachos de basura hábilmente marcados. También se fueron evaporando las toallas bordadas, los platos de porcelana de Rosenthal, las hieleras y soperas de plata, los manteles y sábanas, las copas de cristal de Bohemia, de a una o por docena. En el invierno de 1975 mi casa de Las Flores fue robada: los ladrones rompieron la puerta con un hacha y se llevaron el magnífico juego de té de mi madre, compuesto de doce tazas de porcelana alemana, una por cada mes del año, con sus platitos ribeteados de oro. Lloré la pérdida de marzo, por ser el de mi nacimiento, y si cierro los ojos me parece ver aún esas flores violetas, rosadas o de color lavanda, apenas desvaídas por los años. Si traslado este mínimo incidente al Hotel Argentino, advierto que la sinrazón del despojo se multiplica por diez mil; y sin embargo fue aquel mínimo incidente, las tacitas, la soledad de un año entero frente a un mar inhóspito, la tristeza sin remedio de mi madre, lo que me hizo comprender la tragedia del Argentino Hotel, su destino de dinosaurio herido, el cruel derrumbamiento de los sueños y de la obra de un hombre que a su manera trabajó para la eternidad. Yo nada sabía por entonces sobre Piria. Ni siquiera había reparado en su busto, más bien modesto, colocado a mitad de camino entre sus dos hoteles, el antiguo y el nuevo. Siempre lo consideré un comerciante más, un sujeto cuyo único objetivo en la vida había sido el muy prosaico y vil de acumular billetes. Algún tiempo después descubrí una caricatura de época, en la que él aparece vestido de mago, con sombrero de punta y túnica salpicada de extrañas lagartijas. Entonces, por contraste, comencé a preguntarme cómo habría sido el ser humano,

el que yacía escondido debajo de sus propios desafueros y exageraciones, el nuevo Prometeo que pretendió traer el fuego del progreso a media humanidad, siempre –eso sí– que a él le quedaran pingües dividendos. Supongo que se divirtió de lo lindo imponiéndole sus ideas a la gente y de paso sacándole dinero. Era un maestro en adivinar el pensamiento de hombres y mujeres, en penetrar sus anhelos y sus miedos secretos. Jugaba con eso. En sus tiempos de rematador no se contentaba con sacar a la venta un barrio entero, sino que prometía verdaderos pueblos, con calles en línea recta, edificios públicos, estaciones y líneas de tranvía; de esa manera fundó setenta barrios y sentó una verdadera escuela en materia de publicidad. Se hacía notar, inundaba la ciudad de volantes, para cada remate anunciaba fiestas pantagruélicas, domingos de diversión y comilona, de fruta y de cigarros, de pasteles, de vino y hasta de orquesta. Para sus negocios utilizó una táctica y una inventiva más propias de un emperador romano, un director de circo o un curandero ambulante, de los que recorrían el Lejano Oeste, que de un simple empresario. Proclamó sin descanso las propiedades portentosas de todo aquello que vendía: los terrenos, el balneario, el hotel, los baños salutíferos, las propiedades milagrosas de aguas y de aires, de bebidas, de cerros y de soles. Quien acudiera a él podía considerarse no solamente sano sino resucitado de antemano.

Los jardines colgantes de Babilonia

Es como si se hubiera propuesto recrear algún reino que imaginó en su niñez, poblado de seres mitológicos como el león alado y de otros más prosaicos pero no menos sugerentes, como el toro francés, una enorme escultura de cuya boca mana el agua, diseñada por Isidore Bonheur, que fue subida en trozos al cerro del mismo nombre. Concibió también un sinfín de fetiches y señuelos destinados a la atracción turística. Así produjo Piria su versión criolla de los jardines colgantes de Babilonia, que no se sabe muy bien cómo eran pero de los que todo el mundo habla; y copió meticulosamente los encantos de ciudades balnearias como Niza, que posee su propia Virgen María submarina y sus caminos laberínticos que, entre cerros y declives, conducen a viejísimos conventos y ruinas medievales. Para mucha gente el ritmo de la vida está condicionado por la marea de la historia, no de la grande sino de la chiquita, que comienza al amanecer y termina a las doce de la noche; la historia se devora sus desvelos, sus ideas y sus miedos, aplasta las individualidades y sobre esa argamasa construye su vorágine. En el caso de Piria fue al revés: tuvo la audacia de transgredir el mandato, creó un debate personal entre él y la rueda monstruosa del destino, hizo de su voluntad un camino sagrado. Él quería un balneario con espíritu, así que al paso del tiempo fue dotando a la bahía y sus alrededores de una verdadera parafernalia de sitios emparentados con el símbolo y la peregrinación: se le antojó tener una Virgen de los Pescadores y la puso; también pensó en el templete de la fuente de Venus y bautizó como la Selva Negra a una región arbolada «*donde no penetran los rayos solares*», según

rezaba la propaganda; la Cascada «ferruginosa», según la denominaba, fue uno de los primeros paseos que creó, allá por 1899. Para los enamorados y las muchachas casaderas mandó hacer el templo de San Antonio y para aprovechar la existencia de un manantial natural mandó hacer la fuente del Toro. Y estuvo, por supuesto, su tren de trocha angosta, que fue no solamente el vehículo obligado al que se treparon varias generaciones de turistas, sino también un espectáculo en sí mismo, como el *Pignes des tren* de Niza, con la diferencia de que este último sigue andando, en tanto los vagones de Piria fueron arrancados de sus vías, trozados a soplete y vendidos después como chatarra², en una especie de ritual antropófago por el cual el país, de un modo absurdo y ciego, se vengó de su propia historia.

Le serrucharon una guampa al toro

Claro que no todo fue encanto y paraíso. La vida descarnada, la necesidad y el odio acechaban sin pausa la obra de Piria, por motivos rastreros o por miserias demasiado humanas, de las que rozan la tragedia cotidiana del ser humano aplastado bajo el sol, la marea y la escarcha. En una especie de informe o memorándum remitido al gobierno nacional en 1927, el millonario se queja amargamente de los robos y de la depredación, y no ahorra detalles lindantes con lo patético: *«He tenido que luchar a brazo partido contra la ratería que me rodeaba sin poderme defender (...) Todo el que podía penetraba furtivamente en la playa no solo a ca-*

² El tren de Piria fue retirado del servicio público en 1957 por la Administración de Ferrocarriles del Estado.

ballo sino subiendo la rampa con carretas, rompiendo pilares, escalinata y baranda. ¡Qué vecindario progresista!». La gente de los alrededores, que vivía en ranchos y ejercía el oficio de peón y de lavandera, contemplaba el avance arrollador de Piria y le era imposible comprenderlo. ¿Para qué podía querer un solo hombre, para peor chiquito y propenso a la cólera, tanto poder y tanta tierra? ¿Para qué apropiarse del mar y de la piedra, para qué hacer un puerto que los vientos se complacían en deshacer, para qué andar jugando a ser Dios? Como si fuera poco, detrás de ese hombre no había Estado, ni gobierno, ni cosa que se le pareciera. Todo iba a ser de él y para él. A ellos no les iba a dar nada. Nunca pudo hacerse querer por la gente del pueblo, del campo, del camino real. No lo intentó tampoco, o por lo menos no se esmeró mucho en lograrlo. Para esos tipos humanos era demasiado raro, demasiado distante, implacable y altivo, y lo habrían tildado de loco de remate si no fuera, precisamente, por su condición de millonario, que no deja de concitar respeto. Pero se urdió contra él una venganza sorda y se le sometió desde el principio a la protesta del saqueo. «Desde hace siete años he tenido que poner serenos alrededor del hotel en construcción, pues el bandidaje irrumpía por el oeste por el boquete sobre la costa de mi propiedad y arreaba con todo lo que podía. A la mañana se veían rastros de tablas, tablones y postes, carretillas de mano, etc. Todo les venía bien. Todo se lo llevaron a la cincha de los caballos. Hacer nuevamente los alambrados era perder el tiempo. Los rompían y la invasión a mis propiedades no cesaba. Era imposible defenderse desde que a la policía le faltaban elementos». Cuando empezó a plantar pasó lo mismo. «También me robaban la

uva que vendían clandestinamente, otros arriaban con mis cosechas. ¡Hasta las plantas se llevaban!». ¿Y qué decir de sus amadas estatuas, templetes, fuentes y demás adornos y sitios de solaz? A nadie se le ocurría ir a pasear a ellos, y mucho menos pedirle casamiento a un santo hecho de encargo para el capricho de Piria, porque las creencias y las tradiciones populares no se mandan a hacer ni caen de los cielos de un día para el otro, sino que arraigan muy de a poco, como raíces frágiles, al paso de los siglos y del espíritu de las comunidades, de modo que allí continuó el vandalismo, esta vez con un tono distinto, de burla y de despecho. «Sobre el cerro del Inglés en la misma cumbre mandé construir un templo que me costó una suma crecida. Traje de Europa una estatua de San Antonio (...) Rompieron los cristales, abrieron la puerta, robaron el candado, picanearon la imagen, aquello fue un acto cruel de barbarie. (...) A la mitad del cerro del Toro he gastado un dineral para descubrir una fuente y obtenida esta hice la obra que está allí. Coloqué un toro de bronce de tamaño natural. La barbarie llegó hasta allí bajo el velo nocturno. Le serrucharon una guampa al toro, arrancaron la puerta de la verja que lo circunda sirviéndose de ella para hacerse una parrilla. ¡Yo soy la víctima expiatoria de mi generosidad, de mis ideales altruistas! ¡A mí Piriápolis no ha servido ni sirve sino para mortificarme!».

³ Texto citado por Di Candia, César. *Francisco Piria. Un personaje irrepitible*. [Http://memoriaviva5.blogspot.com.uy/2008/06/francisco-piria-un-personaje.html](http://memoriaviva5.blogspot.com.uy/2008/06/francisco-piria-un-personaje.html).

Tres nombres de mujer

No parece haber quedado mucho lugar para el amor, para la ingenuidad romántica o al menos para una ardorosa pasión, en el alma de este hombre tan empecinadamente puesto a hacer fortuna. Más que de amores, parece atinado hablar de fidelidades femeniles, de permanencias afectivas, de compañías muy disímiles entre sí pero adecuadas a la precisa circunstancia en que el camino de ellas y el de Piria se cruzan. Tres mujeres trascendentales hubo en su vida; la primera fue Magdalena y perteneció al tiempo de la adversidad y el sacrificio, no exactamente de la pobreza, y mucho menos de la franca miseria, pero sí del combate por abrirse camino, en un tiempo de incógnitas y de dictaduras militares, en que no se sabía si la moneda iba a caer o no del lado de la suerte. La segunda mujer fue diametralmente opuesta, una yugoslava refinada, de piel traslúcida y aire ausente, una dama de mundo que amaba las pieles y las joyas, la ópera y los viajes, los palacios y el brillo de las veladas elegantes, y que lo conoció cuando él era ya un millonario espléndido, que iba y venía por la costa mediterránea de galera de seda y de bastón con puño de oro. La tercera, la más polémica, la feroz, la rebelde, la que todavía juega con la luz y la sombra, la que sigue riéndose del mundo, se llamó Carmen Ruiz y nada de lo que de ella se diga podrá resultar concluyente, transparente o definitivo.

⁴ Se supo luego de una cuarta, María Teresa Robasio, que residía en Argentina.

Yo y ella

Cuando se casaron él tenía diecinueve años y ella dieciséis. Él ya padecía entonces de la obsesión de hacer dinero. A veces se acordaba de la pasada prosperidad de su familia y venían a su mente las imágenes de su casa natal, derruida y perdida. Pero no se quedaba ni de lejos en la tierra de la melancolía. Hijo y nieto de navegantes –su padre, Lorenzo Piria, murió prematuramente, dejando a la familia en la ruina– pasó sus primeros años en Diano Marina, Italia, bajo el cuidado de su tío Juan. Cuando regresó a Uruguay, en 1860, se encontró con que la casona natal había sido saqueada, al punto de que solo sus muros se sostenían en pie. Pero no se arredró y se las ingenió para abrir su primer negocio. No era más que un cuchitril, pero por algo había que empezar; los clientes vendrían por añadidura. Al fin de cuentas él tenía una confianza desbordante en sí mismo y sabía contagiarla a todo ser viviente que se cruzara en su camino. Se había casado un año antes. La boda se realizó el 25 de diciembre de 1866 en Montevideo. Magdalena Rodine Crossa era una jovencita tímida y voluntariosa que, decidida a cumplir en toda regla su papel de esposa y de madre, cargó durante los primeros años con el peso de las tareas domésticas y la crianza de los hijos, mientras él se desgañitaba dieciocho horas por día en el mercado, para vender a los gritos cualquier cosa a cualquiera. La casa de remates (pomposo nombre para un local pequeño, lleno de trapos viejos y de fruslerías de ínfimo valor) era escasamente frecuentada; a lo sumo se asomaban a ella cuatro o cinco curiosos, pero él seguía gritando y levantando en una mano el martillo y en la otra los trapos. De noche,

en el silencio de la ciudad, el lugar era tierra de nadie, o más bien de roedores, de gatos callejeros y de borrachos insomnes; muchos vecinos escucharían «*el tropel de las ratas a la carrera por el Mercado*» que «*semejaba el ruido de la corriente tumultuosa de un arroyo*», tal como expresa uno de nuestros cronistas. Con el correr de los años, el matrimonio tuvo cuatro hijos: Francisco José, Adela, Lorenzo y Arturo. Pero no todo fue progreso y prosperidad en su vida: Magdalena se murió el 20 de octubre de 1880, a los treinta años, pocos días después de haber dado a luz a su quinto hijo. El niño, llamado Adolfo Arístides, murió con ella, y a Piria le habrá dolido para el resto de sus días el asunto de que su mujer no llegara a verlo trepado a la cima del mundo. Si se piensa en la trayectoria sentimental de Piria, en sus palabras y en sus silencios, en su carácter a medias expansivo y a medias reconcentrado, en lo que buscó en las mujeres y en lo que ellas buscaron en él, Magdalena parece haber sido su gran amor, la pasión primera de su loca juventud, casi santificada por la brega diaria, por la puntual llegada de los hijos, por esas cosas materiales que apenas pudieron disfrutar juntos—tal vez él llegó a regalarle un collar de perlas auténticas, un vestido de seda parisienne, un macetón de Sèvres cuajado de helechos— pero una cosa es indiscutible: Magdalena se fue a la tierra sin haber presenciado la bendición de la fortuna y la danza de los millones que aguardaba a su marido. Él se aferró siempre a sí mismo, pero le brindó a ella, por actitud reverencial, por devoción o por costumbre, el recuerdo póstumo de un monumento funerario pensado solo para ambos, que mandó construir en 1881, poco después de la muerte de

su mujer. En la lápida del cementerio del Buceo, donde yacen juntos por expresa decisión de Piria, están grabadas estas dos palabras: «*Yo y ella*». Pidió ser enterrado a su lado, pero ni siquiera en el momento final disimuló su carácter avasallante y omnímodo, evidenciado en el «*Yo*» que pretende seguir devorándose el mundo terrenal y acaso también el más allá. Durante sus veintidós años de viudez habrá tenido sus consuelos amorosos, en brazos puntualmente efímeros, pero las urgencias y las energías mayores, las obsesiones y los votos de vida, de muerte y de resurrección, solamente las puso en sus negocios, en esas portentosas visiones empresariales que se rozan con el delirio, la furia y la utopía.

Emilia Franz y la melancolía: era preferible soportarlo

El profesor Pablo Reborido me habló de Piria durante una entrevista de largas horas transcurrida al amparo de los bosques de Bella Vista, entre recuerdos y divagaciones, cantos de pájaros y rumor de olas estrellándose sobre los cantos rodados. Allí nomás, al extremo de la amplia bahía, puede divisarse Piriópolis, y durante aquella tarde la sombra del millonario rondaba entre nosotros al modo de un fantasma expectante y curioso. Reborido ha investigado la vida y obra del personaje durante los últimos veinticinco años, y una parte de su propia existencia giró siempre alrededor del balneario; él va hacia Piria con su amable sonrisa, da conferencias y averigua cada día un poco más sobre el personaje. Supongo que sabe, por ejemplo, cuántos

copones y cuántos monolitos neoclásicos existen a lo largo de la enorme rambla de Piriápolis. Lo supongo pero me da vergüenza preguntárselo. Hay otras cosas, en cambio, que ni Reborido ni yo ni nadie podremos contestar. El propio Piria, si se levantara de la tumba, miraría perplejo a su alrededor y, después de indignarse frente a lo que se ha hecho con su legado, se pondría a considerar de nuevo toda su trayectoria, miraría con otros ojos lo que alguna vez tuvo para él cierto significado, perdonaría a muchos de los que condenó y lapidaría para siempre jamás a muchos de los que perdonó. En ese territorio, ni Reborido ni yo ni nadie podemos hacer otra cosa que hilvanar las viejas comprensiones, esas que intentan levantarse sobre dos o tres supuestos pero que se precipitan al abismo apenas surge la primera pregunta. Y la primera pregunta es la siguiente: ¿puede alguien penetrar en el alma de un hombre, en sus más viscerales intenciones, en el tumulto errante de sus sueños? Claro que Reborido sabe casi todo lo que puede saberse sobre Piria y es seguro que guarda, como yo, como todos, más de un recuerdo secreto e inolvidable sobre el balneario. Me dijo, entre otras cosas, que hace muy poco tiempo hablaron con él unos parientes de la segunda esposa de Piria, llegados a Uruguay tras las huellas de la enorme fortuna, hoy irremediabilmente evaporada. Por mi parte, me puse a meditar en los contrastes y las paradojas de la historia. Es probable que Piria se haya enamorado de María Emilia Franz y que en aras de ese amor se haya casado con ella, pero en el mejor de los casos su sentimiento se enfrió rápidamente. El encuentro ocurrió al filo del 900, más precisamente en el año 1899, en alguno de los nu-

merosos viajes del empresario, quien fue veintidós veces a Europa y educó a sus hijos en un colegio suizo. No creo que María Emilia hubiera escuchado hablar jamás de la pequeña república rioplatense, aun cuando Montevideo era en ese entonces una ciudad afrancesada hasta el tuétano y se admiraba todo lo europeo porque sí, por el solo hecho de su origen. Piria se trajo a la yugoslava a Uruguay y la instaló en su castillo de piedra –recién construido– como si se tratara de una princesa de cuento; la presentó de entrada como su esposa, aunque aún no lo era, y convivió con ella a la vista de todo el mundo durante tres años, en los cuales se dedicó a redondear sus negocios. La última compra de tierra de Piriápolis, una de las más grandes, de mil cuatrocientas cincuenta y cinco hectáreas, la realizó en junio de 1902. En agosto de ese año se casa con María Emilia; se trató de uno de esos matrimonios herméticos en los que nada sobresale, ni destaca, ni sorprende. Una unión respetablemente larga –duró treinta y un años–, que constituyó en cierto modo una interminable ceremonia de salón, de alfombra roja y de apariencia, de criados y de mayordomos que no ven y no oyen, de rumbosa existencia pautada por carruajes y por más residencias, pianos de cola, cristalería, viajes y un largo trillo de suntuosidades; y en medio de todo aquello sobresalían, con el zumbido de un mangangá impaciente, las pocas pulgas de Piria, su desconfianza hacia la humanidad entera, sus rezongos contra el gobierno y la política, sus negocios y sus cálculos eternos. Emilia nunca pasó de ser una esposa de adorno, un fetiche de carnes sonrosadas y esmerada educación europea, puesta como de encargo en la vida de él para figuración y realce.

Ha quedado, de pura casualidad, un testimonio epistolar sobre ella. María Emilia Franz resultó ser la mecenas y la segunda madre o «madrecita» de la cantante lírica Rina Massardi, quien aparece en otro capítulo de este libro. Por lo demás, la yugoslava protagonizó su propio y moderado escándalo, a la muerte de Piria, con motivo de la millonaria herencia, que fue ferozmente disputada. Se le quejó puntualmente a Rina: «*La desgracia mía es ser heredera mayor que los otros herederos; de ahí se me hace una guerra inicua, pero no importa, he de triunfar con la frente alta y la conciencia tranquila*». Como jamás llegó a tener hijos con Piria, pensaba hacer un legado a nombre de unos sobrinos austríacos. Algunos de esos descendientes se aparecieron hace muy poco tiempo en Uruguay, con el propósito de husmear el terreno en busca de algún doblón de oro perdido, tal como acertadamente me comentó Reborido. No se sabe, por ahora, cuál ha sido su suerte; en todo caso, de Piria y de sus riquezas fabulosas no quedan hoy por hoy más que una historia muy llevada y traída, un hotel que pese a su decrepitud todavía exhala un aire de poder y misterio, y un montón de leyendas levantadas sobre las cenizas de lo que un día llegó a ser la fortuna más grande del país⁵. María Emilia no fue feliz junto a Piria. Se duele amargamente, aun después de la muerte de su marido,

⁵ Carta de María Emilia Franz a Rina Massardi. Sin fecha.

⁶ Reborido señala durante la entrevista que «*la sucesión Piria culminó el 7 de junio del 46; ahí los descendientes vuelcan en la Industrial S.A., todos los derechos sucesorios de Piria en Uruguay. Estamos hablando de unos 14.400.000 pesos, y el presupuesto del país en ese entonces fue de unos 160.000.000 de pesos. Se trata por lo tanto de la décima parte del presupuesto nacional, y eso que ya habían perdido el Argentino Hotel y el puerto, entre otros bienes*».

de su destino. *«Alguna vez me explayaré más y sabrás que tengo motivos para desear volviera mi marido; era preferible soportarlo que conocer y tratar gentes enemigas que yo creía amigas»*.

Carmen o el torbellino

La tercera fue la más polémica y la menos glamorosa, la emparentada con lo popular, con lo que corre a ras de tierra, con la ambición de esas muchachas más o menos humildes que en todos los tiempos han soñado con su príncipe azul o por lo menos con el señor rico que las saque de pobres. Dos versiones circulan respecto a la manera en que se conocieron. Según la primera, Carmen se apareció un día por La Industrial —la empresa de Piria, situada en la Ciudad Vieja— con el propósito de vender unas baratijas o artículos de escritorio. Venía de Buenos Aires y de algún modo logró hablar con el rico comerciante; este quedó impresionado, y por qué no maravillado, con el porte de Carmen, con la resolución casi sombría de su mirada, con su aire de estatua griega. No era bella ni fea, y la delicadeza jamás estuvo de su lado, pero en cambio tenía algo de guardiana del templo; en las fotografías parece una diosa guerrera a la que solo le faltan el casco y la lanza. Piria habrá intuido de una sola ojeada su espíritu de luchadora impenitente, de las que no se arredran ante nada ni nadie, ni siquiera ante él, y habrá podido oler de lejos su ambición, porque la ambición de Carmen era un camino en línea recta, y

⁷ Carta de María Emilia Franz a Rina Massardi. S/f.

al otro extremo estaba él aguardándola. En la segunda versión, Carmen llegó a Uruguay junto a su marido, el francés Gastón Bertón, un artista nacido en Florencia, a quien Piria había mandado llamar para que realizara una filmación sobre Piriápolis; este filme llegó a hacerse y yace «*actualmente perdido en los meandros intenderiles de Maldonado*», tal como señala Luis Martínez Cherro. Según otra hipótesis, después de que Piria y Carmen se conocieron, siendo ella soltera, el empresario le arregló una boda con Bertón a fin de darle un rango social de estabilidad y de «decoro» que le asegurara el porvenir y la pusiera a salvo de los chismorreos. A cambio de este enlace, Piria le habría ofrecido al candidato la posibilidad de viajar una vez al año a Florencia, entre otros beneficios⁸. Sea como fuere, desde que se vieron, Carmen y Piria ya no se separaron. Se parecían en más de un sentido. Si en ella había una notoria necesidad de apoderarse de la vida, de doblegar a la humanidad entera para conseguir sus propósitos, en él existía una sustancia que no puede comprarse ni venderse y que permanecía casi intacta, al menos desde la muerte de su primera mujer: la urgencia de sentirse amado y admirado sin remilgos ni recato y sin mediaciones palaciegas; el deseo de desnudar el alma frente a una mujer –aunque fuera cincuenta años más joven que él–, sin pensar ni por un instante en las consecuencias. También habrá jugado en Piria lo que en tantos otros hombres maduros: la búsqueda de la juventud perdida, que soñó recobrar entre los brazos de su amante.

⁸ Detalle mencionado por Pablo Reborido durante la entrevista. Op. cit.

Una curiosa transgresión

Una atracción de carne y de sangre, de carcajada y de escándalo, de alborozada transgresión. Carmen era la antítesis de la compostura, del que dirán y de la cobardía. Ella le valió a Piria, además, de pretexto para una última y curiosa estratagema encaminada a dejarle una parte de su enorme fortuna, en pie de igualdad con los otros herederos, y también a divertirse a costa del furor de sus propios hijos. A María Emilia la dejó a salvo; la mitad de todo le tocaba a ella. Se ve que en el fondo le seguía guardando cierta consideración. Por lo demás, no le importaba en lo más mínimo lo que pasara después de su muerte; ya había adivinado, desde hacía por lo menos veinte años, que su prole —compuesta por Francisco, Lorenzo, Arturo y Adela— se dedicaría a fundir la empresa levantada con tanto empuje y sacrificio. Por esa razón detestaba en secreto a sus hijos y con los años se le debilitó el disimulo, que comenzó a ser reemplazado por sutiles formas de venganza, de modo que no se molestó en evitar el mayúsculo caos que su actitud crearía en el seno familiar. Si lo previó, si lo imaginó en sus detalles más escabrosos y mezquinos, se habrá regocijado con la escena. Inútiles de solemnidad; así les llamaría para sus adentros, si es que no lo hizo más de una vez en alta voz, como asevera algún cronista. Todos eran a esa altura —en 1922, cuando él conoce a Carmen— hombres y mujeres de mediana edad sumidos en el adormecimiento del lujo, que no movían un dedo para ganarse la vida y que transitaban hacia una plácida vejez; Arturo, su hijo menor, tenía ya cincuenta años cumplidos. Para Reborido, Piria *«era un hombre que quería mortificar a sus hijos hasta el último mo-*

mento, y era muy exigente, muy difícil, y los despreciaría... Por cartas y postales, veo además que quería mucho a Adelina, la esposa de Pancho, a la que llamaba "mi querida hija". A Carmen la quería, obviamente, la reconoce como hija, le permite usar su nombre». Es cierto. Reconoció a Carmen como su hija natural por testamento cerrado y la incluyó así entre sus herederos, a la par de sus legítimos descendientes. Con ello no solamente sembró el estupor y la indignación en la intimidad de la familia, sino que desparramó un coletazo de escándalo y de murmuraciones en la sociedad entera, cuyos frutos darían para muchos años de comentarios y especulaciones. Todo ser humano tiene su debilidad oculta, un cuartito secreto situado en el lugar más escondido de su alma, al estilo de aquel rey del que habla José Enrique Rodó. Nunca se sabrá qué pasaba en el cuartito oscuro de Piria, pero no parece haber duda de que hizo de Carmen su bocanada de aire fresco; ella era la comprobación de que, al fin de cuentas, no todo estaba perdido para él ni para su obra; yo creo que, en definitiva, hizo de Carmen un símbolo final, no tanto de su amor hacia ella, sino más bien de su propia e inextinguible rebeldía.

Mujer de armas llevar

Las nietas de Carmen reconocieron que sí, que su abuela andaba siempre armada; ellas conservaban el revólver. Después de todo, ¿a quién podía extrañarle esa costumbre, con todo lo que debió soportar? Una profesora de biología cuya madre trabajó en la casa de modas de María Fernández, lo

recordaba perfectamente hasta hace pocos años⁹. Esa casa estaba situada frente al Teatro Solís, cerca de la primitiva Tienda Inglesa. La profesora decía que siendo niña veía llegar a una señora de gran porte que, para probarse algún vestido, se iba despojando sucesivamente de los guantes, el tapado y el sombrero, por último sacaba un gran revólver negro y lustroso y lo depositaba con toda delicadeza sobre un *dressoir*. Ahí quedaba el arma, inmóvil y expectante, en extraño contraste con las sedas, los botones de nácar y las enaguas de organza, cuyas orlas se extendían por todos lados. El arma era una mancha ominosa entre tanta liviandad burbujeante, y las modistas la miraban con aprensión y se mordían el labio, pero cuidado con hacerle a la clienta la menor objeción. La clienta era Carmen Piria y gastaba cifras siderales en ropa; llevaba en forma pública el apellido del empresario, por lo menos desde 1929, y después de la muerte de él ocupó los más altos cargos en la empresa; llegó a ser, por ejemplo, la vicepresidenta de la sociedad La Industrial. Empuje y voluntad no le faltaban. Cuentan sus nietas que en las reuniones de negocios se sentaba junto a los hijos legítimos del millonario y, si surgía alguna diferencia —que, como era de esperar, surgía a cada instante— sacaba su revólver, lo ponía con gran ostentación sobre la mesa y, tras lanzar furibundas miradas de amenaza, detenía sus ojos sobre alguno de los Piria y le preguntaba en tono altisonante: «*A ver, vos, decime ahora lo que andás hablando de mí por ahí*»¹⁰. Piria le regaló una encantadora mansión, que todavía existe, situada en la proa de Ponce y Avenida

⁹ Entrevista a Pablo Reborido, 3 de diciembre de 2016.

¹⁰ Entrevista a Pablo Reborido. Op. cit.

Brasil, frente a la plaza Varela, en la cual ella y su marido Berton vivieron hasta el día de su muerte. En 1975, en plena dictadura militar, esa casa fue rodeada por el Ejército con motivo de un allanamiento. Carmen sintió ruidos en el jardín y salió con el revólver en la mano. «¿Quién anda ahí?», preguntó. «Las fuerzas conjuntas», le respondieron. «Muy bien. Ahora salgan del jardín o les disparo», respondió ella sin que se le moviera un pelo¹¹.

Una vocación, dos hoteles, tres enamoramientos

¿Es posible vincular los emprendimientos comerciales de Piria y su pasión por hacer brotar barrios, ciudades y puertos de la nada, con esa otra pasión, la de las almas, los cuerpos, los sentidos? ¿Hasta dónde puede medirse el empuje creador de un hombre o de una mujer, por sus circunstancias sentimentales o por sus relaciones amorosas? Yo creo que en su caso, Piria jamás supeditó ninguno de sus proyectos, por pequeños o grandes que fueran, a los afectos o al enamoramiento. Sin embargo, existen tres etapas muy claras en su vida, y cada una de ellas se relaciona con alguna mujer. La etapa de Magdalena fue el sueño y el cimiento, la idea fija y el despegue metódico, la acumulación desde el fondo y en medio de una actividad frenética. La etapa de María Emilia abarcó casi toda su acción en Piriápolis, desde el Hotel de Baños, el puerto y el tren hasta el primer remate de solares. La de Carmen –en la que María Emilia coexistió sin abandonar su papel de sombra complaciente– fue la

¹¹ Entrevista a Pablo Reborido. Op. cit.

época del triunfo y la apoteosis, signada por la construcción y la inauguración del Argentino Hotel, tan espléndido y enorme como para dejar de boca abierta al planeta Tierra en su conjunto. No nos engañemos, sin embargo: aquel primer Hotel de Baños ya era casi megalítico, como todo lo suyo. Según recuerda Ricardo Piria, uno de sus nietos, *«tenía más de cien habitaciones con baño privado, su vajilla era de porcelana alemana y sus cubiertos de plata inglesa. Los precios eran \$ 2,50 diarios por persona con todo incluido y \$ 4,00 si las habitaciones daban frente al mar»*. No faltó allí un casino, concebido a imagen y semejanza de los que existían desde comienzos del siglo XIX en toda Europa; y entre gallos y medias noches, durante los calores espesos del verano, al amparo de las olas taciturnas que lamían la arena y bajo la sombra arisca de los cerros, *«el hotel se fue transformando en un verdadero centro de la farándula de las dos capitales. Todos los jóvenes adinerados se juntaban allí para sus bailes y sus juergas»*. Más de un especulador le intuyó otras posibilidades al balneario, intentó torcer el rumbo de los sueños de Piria y le propuso comprarle todo el cerro San Antonio para levantar allí un barrio aristocrático al estilo del Beverly Hills norteamericano, que por esos mismos años desbordaba de excesos de ambición y de lujo, de hoteles y piscinas, de elixires de champagne y cocaína y de orgías interminables, *«pero al viejo que era muy puritano no le gustó el cariz que estaban tomando las cosas y se negó. Esas familias se afincaron después en Punta del Este. Mi abuelo literalmente las echó. No le gustaba que*

el ruido o los escandaletes a consecuencia de la vida nocturna echaran a perder el prestigio de su balneario¹²».

La segunda época de Piria: Carmen y el Argentino Hotel

Ninguna de las realizaciones anteriores de Piria sería comparable al Argentino Hotel, su obra cumbre, una especie de estallido del lujo, lleno de «*elementos clasicistas de una formulación algo petulante, a lo mejor destinada a una clientela muy adinerada y de gusto por lo fastuoso*¹³». En suma, una prolongación marina de todo lo que puede inventar el ser humano en materia de holgura, de ostentación y de ese «*dolce far niente*» que resultaba más bien caro pero que muchos pagaban con unción religiosa, devorados por el deseo, la avidez de placeres y el asombro. Inaugurado el 24 de diciembre de 1930, hay que creer que Carmen fue una de las figuras principales en la fiesta de su apertura y seguramente sintió que una parte de aquella obra se debía a su presencia en la vida de Piria. ¿Qué más decir del Argentino Hotel que no se haya dicho hasta ahora? No abundaré en los detalles archiconocidos, como las máquinas que pelaban papas, fabricaban postres o lavaban cuatro mil piezas de porcelana por hora; o en las minucias insólitas que relata su nieto Ricardo Piria, extraídas de la cosecha de sus propios recuerdos: «*había traído maquinaria para*

¹² Declaraciones de Ricardo Piria a César Di Candia. Op. cit.

¹³ Álvarez Lenzi, Ricardo; Mariano Arana y Livia Bocchiardo. *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986.

hacer helados que los sacaban en forma de animalitos. A los niños les servían por ejemplo una gallina con pollitos de todos colores y gustos diferentes. Y los carros de fambres al estilo de los grandes establecimientos europeos causaban admiración».

La imaginación más prolífica se queda corta frente a las setenta cámaras frigoríficas y los hornos de pastelería que podían haber abastecido a todo Montevideo. La historia del hotel y de sus cantidades monumentales de vajilla, de lencería y de artefactos de cocina parece salida de uno de esos libros de cuentos de mi infancia, que al abrirlos desplegaban un escenario de cartón recortado y mostraban palacios fantásticos rodeados de jardines. Lo curioso es que el hotel conserva todavía un aire insustituible, propio de otro siglo y de otra estética, y sin haber estado jamás en Monte Carlo siento que la atmósfera del Argentino me transporta a ese rincón de la costa de Mónaco. Un mediodía, en plena semana de Turismo, fui a almorzar al hotel con mi marido y con mi hijo menor, que por entonces tenía doce años. El mozo tomó una servilleta y, como un prestidigitador, armó en dos segundos para él un conejo de largas orejas. Hay otros elementos que comulgan con esa seducción casi instantánea que el visitante no puede obviar, por muy escéptico que sea: la escalera de mármol que parece desparramarse sobre el hall, con su balaustrada de hierro forjado y el gran vitral al fondo; los muebles de las habitaciones y los roperos de espejos biselados; las ventanas de óvalo de los baños y la amplitud de los pasillos alfombrados. Todo lo lleva a uno hacia otro tiempo y le hace preguntarse por las continuidades y las rupturas de la historia, por los seres más o menos famosos que habrán

subido esas escalinatas y, en última instancia, por el hombre que concibió todo aquello y lo hizo posible, no tan solo como un negocio sino como una de las peculiares expresiones de la inmortalidad. Dice el escritor Milan Kundera que «*si mi historia puede seguir más allá de mi propia vida, quiere decir que mi vida no es una entidad independiente; quiere decir que está inacabada*¹⁴», precisamente porque hasta la inmortalidad no pasa de ser una ilusión abierta, una apuesta sin final conocido, el sueño radical de todo ser viviente.

Ganar de una manera o de la otra

La aparición de Carmen en la vida del clan Piria despertó de inmediato «*una lucha sorda*¹⁵». Las miserias humanas que allí se desataron, determinaron que en 1933 «*el previsor y anciano rematador viajase a Buenos Aires a menos de un mes de su muerte y firmase allí un testamento*¹⁶» distinto del anterior, fechado en 1897. El reconocimiento de Carmen como su hija natural fue el acto final de su carrera contra el tiempo, el eslabón intermedio entre su descendencia «*legal*» y su apuesta póstuma a la libertad; y también la mecha que encendió la pólvora. Los papeles presentados por Carmen a la sucesión, provenientes de los registros argentinos, fueron inmediatamente calificados de apócrifos por los restantes herederos. Pero con semejante actitud no iban a ganarle a

¹⁴ Kundera, Milan. *Un encuentro*. Tusquets Editores, 2009. Barcelona.

¹⁵ Enrique De Gandía. «Prólogo al libro de Carmen Piria», *Espectáculos de combates. El hijo ajeno. Tan-gó*.

¹⁶ Martínez Cherro, Luis. *Por los tiempos de Francisco Piria*. Ediciones de la Banda Oriental, 2012.

Piria, o a lo que quedaba de él, en sombra, en polvo o en burla inapresable. El empresario había previsto semejante objeción, y por eso estableció en su testamento que *«si se atacase la filiación de Carmen, ésta pasaría a percibir la cuarta parte de libre disposición que por entonces establecían las leyes¹⁷»*, lo cual significaba una cantidad mucho mayor que el quinto que le correspondería como hija, de manera que no había manera de eludir la voluntad final del empresario, que ya se había puesto a salvo de la vida mortal y se hallaba en algún sitio de infierno o de paraíso, riéndose a más no poder de las rabietas de sus descendientes. Al fin de cuentas, parecía decir, la plata la hice yo y, por lo tanto, nadie más que yo dispone de ella. Ese sentimiento de decepción frente a la inercia y la molicie de sus hijos —que vio venir desde que eran chicos— lo acompañó durante toda su vida, sin darle tregua ni reposo. Por más que intentó inculcarles el espíritu de sacrificio y hasta los obligó a ir con él a sus remates, para que vieran cómo su padre se ganaba la plata, no consiguió hacer de ellos seres de acción y de emprendimiento. El confort desmedido, la orgía perpetua del dinero fácil les ganó el alma y los condenó a no ser más que el pálido reflejo de su progenitor; un destello siempre vacilante, cuando no pusilánime y errante, que no se identificaba con él más que por el apellido. Por último, aquella aludida molicie los lanzó derechamente a la bancarrota (esto sea dicho entre paréntesis, porque aunque no movieran un dedo ni sumaran un vintén al acervo de

¹⁷ Martínez Cherro, L. Op. cit., p. 118.

su padre, la espléndida fortuna heredada les duró por lo menos dos generaciones más).

La muerte y otros deslices

La sucesión de Piria fue iniciada de inmediato, pero antes el hombre tuvo que morir. El acontecimiento se produjo, según ciertos cronistas y testigos, en la mismísima casa de Carmen, lo cual no es sorprendente, ya que el millonario había adoptado desde hacía rato aquel hogar como su refugio en este mundo y seguramente le era más querido que su mansión lindera a la plaza Cagancha. Es verdad que se quejaba de los derroches de todos aquellos a quienes mantenía. A Carmen la acusaba de dejar todas las luces prendidas, pero solo a su lado se sentía en paz. Quién sabe, tal vez vio en ella algo de Magdalena, un aire de los que solo se advierten bajo determinada luz o circunstancia; en todo caso, junto a Carmen le era posible regresarse a los años de la intemperie, del desafío continuo por ganarse el vintén, de los altos y jubilosos sueños. A ella acudió cuando se sintió mal y exhaló el último suspiro en esa residencia, el 10 de diciembre de 1933, a las doce y treinta minutos del mediodía. Tenía ochenta y seis años, había realizado su último remate de tierras en Punta Fría pocos meses antes y a su creación de Piriápolis, calificada por muchos de sus contemporáneos como una «*obra de locos*», le faltaban en su concepto algunas realizaciones. Pretendía realizar «*un aero-carril que uniría la ciudad con el Cerro del Toro, o al Cerro del Toro con Pan de Azúcar*», así como «*la extensión de la línea férrea para unir la rica zona minera con el Puerto*

*de Piriópolis, y las doscientas mil hectáreas de agricultura*¹⁸», todo lo cual truncó la parca. Según su nieta Miriam Piria¹⁹, falleció «*por un coma diabético mal atendido*». Otros hablan de una congestión pulmonar contraída durante un viaje en tren. En ese año, 1933, se vivía la dictadura de Terra y Piria no había dudado en expresar su caluroso apoyo al nuevo régimen, a través de un telegrama dirigido a Luis Alberto de Herrera, quien colaboró activamente con el golpe: «*Felicitolo cristalización de ideales patrióticos*». El día de su abrupto deceso, en la vereda habían quedado su automóvil, su chofer y su perro mastín, que lo acompañaba invariablemente en sus paseos. No se sabe si el perro olió la muerte, o si fue la muerte la que salió a la calle, pero hubo que correr a dar aviso a la familia y la familia no supo qué hacer, hasta que alguna voz sensata, muy acorde con las costumbres y los mandamientos sociales, exclamó que el viejo no podía morir en donde se murió, de manera que se las arreglaron para trasladar su cuerpo en el mayor sigilo hasta aquel palacio agobiado de mármoles, alfombras y cristales, cuya ostentación jamás pudo alegrar ni uno solo de los días de su dueño.

Los restos del naufragio

La tradición popular lo repitió durante mucho tiempo, pero Carmen jamás residió en el chalet de la bodega, cuyo tejado podía verse desde el castillo de Piriópolis. En lugar de eso tomó siempre el camino más obvio: se alojaba en

¹⁸ Martínez Cherro, L. Op. cit., p. 113

¹⁹ Martínez Cherro, L. Op. cit., p. 113.

el Argentino Hotel durante largas temporadas. Su nombre figura en los registros de la época y más de un testigo recuerda haberla visto entrar al enorme hall, con sus tapados flotantes, sus sombreros de plumas y sus zapatos de pulsera. Mucho después, cuando finalizó la sucesión, a ella le correspondieron la bodega y el famoso chalet. «*A los Isola (los hijos de Adela Piria) les tocaron el castillo y las canteras, y a los descendientes de Arturo se les adjudicó San Francisco. Hay partes en común, como por ejemplo el cerro San Antonio; no se pusieron de acuerdo en quién se lo quedaba*», según relata Reborido²⁰. Dos preguntas surgen una y otra vez en boca de los recién llegados al balneario, o en quienes se asoman, así sea por un ratito, a la historia de este hombre y de lo que hoy ha pasado a ser una leyenda: ¿por qué nadie continuó la obra? ¿Por qué no se conservó lo hecho? Todo el sentido posterior de Piriápolis dependía de la respuesta a esas dos interrogantes. Según expresa Luis Martínez Cherro, tan solo dos personas habrían sido capaces de llevar adelante el legado del pionero: una era Carlos Bonavita, el administrador de Piriápolis y mano derecha de Piria; la otra era Francisco «Pancho» Piria, el hijo mayor, formado en Europa como enólogo e ingeniero químico, que no por ser el primogénito se salvó del desprecio y el desdén de su padre, y que por lo mismo alimentó en su alma un sedimento de rencor y de venganza que lo llevó derechamente a la tragedia. Pancho y Bonavita murieron el mismo día y casi a la misma hora. Antes ocurrió un incendio, como en las profecías bíblicas.

²⁰ Entrevista. Op. cit.

A vos también

Entre las llamas de la naturaleza se desataron los fuegos interiores, mucho más peligrosos. Ese día principió el desastre y de alguna manera comenzó a dar marcha atrás esta historia. Nada es para siempre. Ni los mejores sueños ni los más altos triunfos han podido jamás pararle la pechada al tiempo, al odio y al olvido. Muchos se la tenían jurada a Piria, porque la vida se abre camino como puede y como quiere, y porque los bienes de este mundo son escasos y están, desde siempre, muy mal repartidos. En la medida en que crecía la fortuna y aumentaba la contratación de trabajadores, el peligro no dejaba de rondar a los Piria. Arturo se salvó del ataque de un obrero *«que había jurado vengarse por problemas que había tenido en el trabajo»* solo porque la bala que le disparó pegó en la tapa de su reloj de bolsillo. Seguramente el reloj era muy bueno. El mismo obrero disparó también un par de tiros contra Lorenzo, *«a vos también»*, pero según cuenta el hijo, *«mi padre los esquivó agachándose bruscamente y cerrándole piernas al caballo»*. Estas escaramuzas no eran nada en comparación con lo que se venía. Hubo que llegar al 21 de enero de 1934 para que se hiciera verdadero el dicho de que a las armas las carga el diablo y que las cien caras de la parca no se muestran todas a la vez. Bonavita era tan buen tirador que se daba el lujo de volarles la cabeza a los pájaros en vuelo. De esa magnífica puntería al derrumbamiento final de las ilusiones no mediaba más que un suspiro. El hombre se había hecho a sí mismo a puro golpe, bien de abajo, y sabía lo que es pasar

²¹ Martínez Cherro, L. Op. cit., p. 115.

necesidades; el otro era el hijo del patrón, no tenía idea de lo que representan palabras como *escasez, pobreza y hambre*, sueños de prosperidad y de justicia, y para colmo andaba ensoberbecido desde la partida del padre, todo lleno de furia y de ansias de reconocimiento. Alrededor de ambos flotaba una tristeza cargada de nubarrones de tragedia. Ese 21 de enero, en medio del calor y la sequía, las chispas que arrojaba el trencito de trocha angosta encendieron un tramo de los pastos resecos. *«Al rato ardía todo Piriápolis, donde diera la vista eran llamas y humo²²»*. Ahí se desató la discusión entre Pancho y Bonavita. Salieron solos hacia el fuego. Enseguida se oyeron *«uno, dos, tres tiros; salimos corriendo y como yo era el más joven llegué primero. Venía Bonavita diciendo “¡Canalla, traidor!”*, corriendo venía, y había perdido el sombrero de paja de la cabeza, y otras cosas perdía, apurado; un revólver grande y negro lo llevaba en la mano, me quedó grabada esa impresión²³». Bonavita se fue directamente al Hotel Piriápolis, *«se sirvió un whisky grande que tomó de un sorbo y dijo: “Maté a Pancho”*». Después se encerró en la habitación 41, *«se acostó y se pegó un tiro en la cabeza con el revólver calibre 38»*.

Coro a dos voces

¿Qué era de Carmen cuando ocurrió esa tragedia? ¿Qué era de María Emilia Franz, a su vez? Cada una recluida en su casa, una lejos de la otra y una frente a la otra, sin embargo; María Emilia sabía que su rival contaba con el

²² Martínez Cherro, L. Op. cit., p. 115.

²³ Testimonio de Emilio Tagliani, recogido por Martínez Cherro.

triunfo inapelable de la juventud y la insolencia (ella, en cambio, frisaba los setenta y solo habría de sobrevivir dos años a Piria), y a Carmen le constaba que la yugoslava poseía también su carga, su razón y su mérito, además de su propio valle de lágrimas, como dicen las novelas sentimentales, y sobre todo su derecho moral a ser considerada lo que era: una esposa, una viuda, un símbolo de lo que permanece, le guste o no le guste al mundo, y se lamenta y se pregunta qué habría pasado si jamás hubiera conocido a un hombre llamado Fernando Juan Santiago Francisco María Piria. *«Dicen que no van a consentir que la fortuna de mi marido vaya a pasar a (mis manos). ¿Qué te parece? Como si yo no fuese dueña de meterla donde se me da la gana. Lo malo es que no la tendré nunca en mis manos, serán los que me sobrevivan los que tallarán. Si vivo y algún día te veo, te contaré muchas cosas y te admirarás que a mi edad, setenta y cinco años, haya podido resistirlas»*²⁴. Los dos últimos años de su vida los pasó, como se desprende de sus cartas, sumida en una guerra de intrigas. *«La culpa la tiene el dinero, pues si renunciaba a la mitad de la herencia, no me perseguían. ¿Qué te parece esa audacia? No tengo miedo de nada, pero los disgustos son grandes...»*. Más adelante dice: *«He dispuesto mis joyas; si muero, te será entregado un anillo con un gran solitario como recuerdo mío»*. Puede que ni María Emilia ni Carmen tuvieran miedo de nada, pero las dos se habrán quedado espantadas por la tragedia de la doble muerte de Pancho y de Bonavita, cada una por sus propias y particulares circunstancias; y la primera, en

²⁴ Carta de María Emilia Franz a Rina Massardi. S/f.

especial, habrá temblado en su interior frente a la magnitud del odio que puede manar del alma humana. Aunque oficialmente estaba casada con Berton, en el fondo se sentiría más sola que nunca. No dejaba de ser una descartada a los ojos del orgulloso clan, o por lo menos de sufrir una segunda y definitiva orfandad. A pesar de su talante desafiante, seguía anclada en el lado maldito de la historia. Sea como fuere, pasado el primer momento del horror, se aprestó una vez más a la lucha. Había escrito varios libros, que firmó siempre como Carmen Piria, y no por casualidad tituló *Espectáculo de combates* a uno de ellos. Allí dice: «*No tengas miedo, corazón, del mundo/ ni si te acosan las calumnias vanas/ ni si tu nombre sin mancilla sufrel las venenosas y plebeyas mañas*». Pero contempló no sin preocupación los increíbles trece años de pleitos que insumió la sucesión. Trece años inútiles, en los que solo se enriquecieron los picapleitos, porque ya se sabía que Carmen ganaba de una forma o de la otra, y acaso era semejante resultado anunciado el que sublevaba a los herederos y los llevaba a alargar los trámites judiciales. No faltó quien aseguró que hasta ese desenlace había sido previsto por Piria, quien consideraba—como un nuevo Proudhon— que la herencia es un robo y que cada quien es y debe ser hijo de sus propias obras. Para colmo, al morir María Emilia hubo que hacer frente a los legados. Mientras tanto, el inmenso caudal de la fortuna, consistente más que nada en inmuebles y en tierras, se corroía en sus raíces invisibles. Piriápolis, sobre todo, se había convertido en un gran barco escorado que se iba hundiendo sin remedio en las profundidades. ¿Le habría importado a Piria ese naufragio? ¿O se dijo para sus

adentros, como el rey Luis XIV, «*después de mí el diluvio*»? Pero mientras las riendas del control familiar sobre el balneario se aflojaban, otros emprendedores, concienzudos y sacrificados, iban abriéndose camino en aquella ciudad de aluvi3n y de aventura, atados a la buena ventura o a la desgracia de las temporadas de verano.

Todos los hombres de la Tierra

A Piria se le han endilgado las m3s peregrinas ideolog3as, incluso se ha dicho que fue socialista, y todo porque uno de sus libros lleva el enigm3tico t3tulo de *El socialismo triunfante. Lo que ser3 mi pa3s dentro de 200 a3os*²⁵. La verdad es que no comulg3 jams ni con el socialismo hist3rico, ni con el ut3pico, ni con ninguna otra de sus variaciones, aunque haya imaginado una sociedad del futuro en la que «*podieran vivir c3modamente todos los hombres de la tierra*». En cualquier caso –y dejo entre par3ntesis al Piria escritor, autor de varias obras que oscilan entre el ensayo, la ciencia ficci3n, la cr3tica social y la cr3nica de costumbres– el hombre solo tuvo un motor principal para moverse en este mundo: el de sus propios intereses y c3lculos. Por socialismo entendi3 una suerte de «*revoluci3n propietarista*» en la que todo el mundo es due3o (de los solares que 3l vend3a, claro est3) y donde, por tanto, la gente tiene como norte y gu3a la defensa de sus propiedades, peque3as y

²⁵ Publicado en 1898. Para Arturo Ardao, el concepto de «socialismo» en Piria puede interpretarse en la l3nea de pensamiento de Godwin, Saint-Simon, Owen, Fourier y Bellamy, sin que se trate de un an3lisis pol3tico o social sino de una novela de ciencia ficci3n que contiene ciertos recursos narrativos cl3sicos. (Ardao, 1968:145).

moderadas, muy lejanas al latifundio, «*esa tierra que no es de nadie y debería ser de todos*²⁶». Si no simpatizaba con el latifundio, habrá sido porque ninguno salía ganancioso salvo el latifundista y todo gran propietario venía a ser un poco su enemigo. Tuvo su destello ardoroso, no obstante, como crítico o como pensador. Cuando ataca a la dictadura de Latorre y de Santos se enardece como pocos. Llega a defender el tiranicidio: «*ese individuo debe morir; y es obra santa el matarlo, porque más vale que perezca el tirano y no que muera el pueblo entero*²⁷». Pero en cambio apoyó con entusiasmo el golpe de Terra. En todo caso, el Piria escritor no se propuso nunca realizar un ensayo, investigación o alegato social de naturaleza científica. Yo creo que no publicó sus papeles para deslumbrar académicamente a nadie, sino para decir lo que deseaba decir y de paso para especular sobre el misterio de la vida y de la muerte, de la política y de la economía, del pasado, el presente y el porvenir; el enigma que mueve a los rebaños humanos a seguir al que porta la antorcha y señala el camino; la predisposición del alma humana a dejarse encandilar por los nuevos profetas (y él era uno de ellos); la contracara filosófica del dinero y el éxito, de la fama y el poder y la enorme tragedia que conllevan cuando caen en las manos equivocadas, como si fueran brasas arrojadas por algún dios vengativo. En tales entretelones yace el hombre que tantos han querido conocer. En definitiva, Piria sigue confundiendo las pistas y enredando los hilos para despistar a todos aquellos que pretenden escudriñar el sentido de su obra y de su vida.

²⁶ Piria, Francisco. Folleto de propaganda, 1908.

²⁷ Piria, Francisco. *Un pueblo que ríe*.

Mientras tanto, allá sigue el Argentino Hotel, debatiéndose en el tumulto de su dignidad, a medias vencida y a medias cascoteada.

Bibliografía

- Acevedo, E. *Anales históricos del Uruguay*. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1933-36.
- Álvarez Lenzi, Ricardo; Mariano Arana y Livia Bocchiardo. *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986.
- Ardao, A. «Filosofía socialista utópica en el Montevideo de 1841», *Cuadernos Uruguayos de Filosofía*, Montevideo, FH y C, V, 1968.
- Barrán, J.P. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Tomo I*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1990.
- Beretta Curi, A. *El imperio de la voluntad*, Fin de Siglo, Montevideo, 1996.
- Collazo, Marcia. Entrevista a Pablo Reborido, 3 de diciembre de 2016, Bella Vista, Maldonado.
- Di Candia, César. *Francisco Piria. Un personaje irrepetible*. [Http://memoriaviva5.blogspot.com.uy/2008/06/francisco-piria-un-personaje.html](http://memoriaviva5.blogspot.com.uy/2008/06/francisco-piria-un-personaje.html).
- De Gandía, Enrique. «Prólogo» al libro de Carmen Piria *Espectáculos de combates. El hijo ajeno. Tan-gó*.
- Fernández Saldaña, J.M. *Historias del viejo Montevideo*. Arca, Montevideo, 1967.
- Kundera, Milan. *Un encuentro*. Tusquets Editores, 2009. Barcelona.
- Martínez Cherro, Luis. *Por los tiempos de Francisco Piria*. Ediciones de la Banda Oriental, 2012.
- Muñoz, Daniel. *Artículos. Clásicos Uruguayos*, 1953. Montevideo.
- Oddone, Juan. *La emigración europea al Río de la Plata*. Ediciones de la Banda Oriental, 1966. Montevideo.
- Pedemonte, J.C. *Hombres, bronce, mármol*. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1971.
- Piria, Francisco. *Un pueblo que ríe*, Tipografía La España, Montevideo, 1886.

- *El socialismo triunfante. Lo que será mi país dentro de 200 años*, Dornaleche y Reyes, Montevideo, 1898.
 - *Impresiones de un viajero en un país de llorones*. Edición de autor. Montevideo, 1879.
- Reborido, P. *Piriápolis, una historia en 100 fotos*. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo, 2012.